



AODOS los conocedores de personas y lecturas pertenecientes a otros pueblos han quedado asombrados siempre al pensar lo alejado que se encuentra el pensamiento extranjero de todo cuanto el mundo hispánico es y representa en la vida. Decía un día Foxá que ese mundo ajeno a nosotros semeja ser protestante en su totalidad, (aunque no en su raíz en lo que a Francia se refiere), ante el sentido hondo y católico de España.

Tal vez se deba, como Foxá expresaba, a que el pensamiento de aquéllos es lógico y el nuestro instintivo, y a que ellos entronizaron a la diosa Razón, que es la última que el español coloca en sus altares, pues no olvida jamás lo que de hondo y misterioso atesora el alma del hombre. "Aquellos pueblos contemplan la Vida y el Mundo; nosotros, la Muerte y el Ultramundo."

España es difícil e incomprensible para los más. Dos actuaciones *sui generis*, en su vida de pueblo civilizado, han conseguido llevar su incomprensión a los otros: El sentido católico, incorporando a su modo de vida la esencia del catolicismo, y el descubrimiento del nuevo mundo, como aplicación práctica de aquel pensamiento, en su sentido evangelizador. España defendió, ante el mundo roto de la Reforma, la unidad de todos los católicos. España, gracias a esa concepción católica, logró que en las rosadas madrugadas de América sonara, junto al clarín jubiloso del primer gallo, la dulzura metálica de bronce o plata de la esquila de la hacienda y la campana de la capilla, que con voz religiosa llamaban al trabajo y a la oración.

Una y otra actuación no han sido enjuiciadas en su verdadera importancia por la gente extranjera. Pero aún se oyen por los ámbitos del mundo muchas voces que, al estimar el catolicismo español, proclaman, generosamente, su valor y sus consecuencias. Justo es, pues, que en este Año Santo acudan a las páginas del MUNDO HISPANICO esas voces hermanas para conocimiento de todos. Serán expuestas por naciones, con el fin de comprender mejor el pensamiento que a cada una de ellas caracteriza.

Inglaterra, por boca de Heyelock Ellis, en "El Alma de España", proclama:

"España representa, ante todo, la suprema actitud de una manifestación primitiva y eterna del espíritu humano, una actitud de energía heroica, de exaltación espiritual, de profundo catolicismo, no ya encaminada a fines de comodidad o de medro, sino a los hechos fundamentales de la existencia humana."

La pluma colonista de Petters escribe en su "Vindicación de España en Filipinas" (1931):

"No hay nación alguna, fuera de España y de su hermana en espíritu apostólico, Portugal, que, como nación, haya entendido y practicado una vocación misionera, fruto de su sentido católico... Casi todo lo que queda de pueblos católicos fuera de Europa se debe a la evangelización ibérica, y, cosa digna de observar, sólo esos pueblos son libres e independientes. Verdad es que España y Portugal han perdido sus colonias; pero sólo después de haberlas incorporado a la civilización y cultura cristianas, realizando a la letra el programa de sus Reyes Católicos: "No venimos a vosotros para conquistar, sino para evangelizaros."

Muchas son las voces inglesas y americanas que hacen coro a lo expresado por los anteriores autores. Christopher Hollis, en su "Monstrous Regiment", proclama:

"En todo el siglo XVI sólo hubo un pueblo, España, y un hombre, San Ignacio, que vió y combatió sin cesar el peligro de nacionalizar el catolicismo. Gracias a su triunfante iniciativa, la Compañía de Jesús no se convirtió en una sociedad exclusivamente española, y todos nosotros —el ateo, el católico o el protestante— le debemos que se salvara Europa del caos en el que, de haber perecido la Iglesia, nos hubieran sumido las desenfrenadas exageraciones nacionalistas."

Chesterton, en la "Autobiografía", nos deja estas deliciosas ideas:

"Mi impresión de España fué la de ese calor de la religión. Esta les permite demostrar emociones espontáneas y cálidas. La emoción más evidente es el orgullo que tienen los padres con sus hijos. He visto correr a lo largo de una avenida bordeada de árboles en una gran calle a un niño para saltar en brazos de un pobre obrero que lo ha abrazado con un delirio más que maternal... Eso es catolicismo. Nuestro puritanismo no es más que una parálisis que se convierte en estoicismo cuando pierde la religión."

Para tales autores, pueblo y patria española estaban y están dentro del mismo sentimiento religioso. Sentimiento consciente y razonado, no fanático. El mismo J. Borrow, tan poco amigo de lo católico, lo escribe en el prólogo de "The Bible in Spain: "España no es un país fanático, ni lo ha sido nunca." Y Wyndam Lewis añadirá, en "Carlos de Europa":

"Si todavía hay una civilización en Europa, su supervivencia se debe, precisamente, a la religión católica que inspiró a España durante siglos. Y esa religión no ha caído en desuso. No es pintoresco residuo fanático de la Edad Media. Es de nuestra Edad y de todas. Europa tiene enemigos interiores, como lo es el neopaganismo destructor, y otros exteriores, como la asoladora anarquía oriental que avanza. Mas el antiguo punto de encuentro está donde estaba... España sigue en pie para Europa."

También el norteamericano ha visto la verdad de nuestro sentido religioso, con valor práctico en relación con América. Teodoro Roosevelt, en el "Discurso a los americanos", dijo:

"A España su religión movióla a hacer lo que ningún otro pueblo ha hecho: descubrir un mundo y ofrecérselo a Dios que se lo concedió, a Dios como altar de su trono..."



Los alemanes justiprecian igualmente el sentido católico de España. El conde de Keyserling, en "La Revolución mundial y España" (1935), dijo estas palabras, hoy proféticas:

"Presenciamos ahora una revolución de las fuerzas de la Naturaleza que se han desencadenado. Para protegerse frente a estos movimientos, el espíritu no tiene otros medios de defensa que precaverse con sus propias energías espirituales. Gran ocasión es ésta, para España, de formarse y fortalecerse, porque sus cambios o trastornos no forman parte de la revolución mundial. No ha cambiado la entraña católica de España.

Las principales potencias del espíritu no son la inteligencia y la razón, sino el valor y la fe. Hay pueblos que tienen más desarrolladas ciertas características; por ejemplo, aquellos que han mantenido virtudes o principios que viven fuera del tiempo, como la nobleza del espíritu, o aquellos que rinden culto a la amistad o a la fe, cualidades que se dan reunidas en la tradición ibérica. España vive en esos principios tradicionales, por lo que no será arrastrada en esos grandes movimientos. España conserva sus valores eternos, y en esa repaganización que se inicia en el mundo, esta nación puede influir de manera muy decisiva y llegar el momento de que dentro de esa forma nueva, esa eternidad "ibérico-española", adquiera con el tiempo un sentido más neto y más profundo."

Rematará este clavo otra mentalidad alemana, Karl Vossler, en su "Trascendencia europea de la cultura española, al decir:

"Ningún país europeo antes que España ha engendrado el espíritu de la lucha por la fe, y ningún otro lo ha conservado ni tanto tiempo ni de una manera tan tenaz."

Y hasta con humorismo lo expresa Rudolf Lothar, en "Die seele Spaniens" (1916), cuando escribe:

"Creo que Dios, en el Paraíso, habló ya con Adán de la tierra española, teniéndose por pueblo elegido, y por ello vuela su pensamiento en sentido religioso, y en el mismo vuelve a recogerlo, de tal modo, que su carácter no se puede comprender sino a través de la Iglesia. Su arrogancia y humildad le hacen exclamar de dos maneras distintas, por otra parte muy comprensibles, ¡Soy católico!"

Francia ha usado siempre el escalpelo volteriano contra el sentimiento católico español; pero las voces que nos defendieron esgrimen el amor como espada y la razón como puño. Jacques Madaule, en "Le drame de Paul Claudel", al comentar "Le soulier de satin", escribe esta bellísima página, que conservamos en su idioma original:

"Voilà pourquoi l'Espagne a été choisie pour être le centre de l'action. Après s'être forgée elle-même, par l'effort de nombreuses générations, ...voici qu'elle déborde ses frontières de toutes parts; elle réunit à l'Eglise et à la Civilisation les deux Amériques; elle continue sur les rivages africains le combat traditionnel contre le vieil ennemi assiégé dans ses retranchements; elle fait flotter ses couleurs sur les terres basses de Flandres...; elle lance contre la réforme sous le monogramme du Christ cette milice qu'Ignace de Loyola discipline comme una armée; elle domine l'Italie de Palerme a Milan; elle plante son étendard catholique au cœur de l'Europe, a Vienne sur le Danube, que menacent les hordes ottomanes; a Prague où la Réforme un instant put sembler victorieuse; elle fixe a Lepante pour toujours la limite que l'Islam ne franchira plus; et cependant, dans la Peninsule, qui se vide peu à peu de ses hommes appelés aux plus gigantesques entreprises, sainte Thérèse de Jesus plante les Carmels d'où l'imploration vers Dieu ne cessera pas de monter; saint Jean de la Croix s'élance plus haut que l'esprit de l'homme n'était encore allé vers les sommets de la montagne mystique. Jamais une nation n'a donné pour la Foi un effort aussi total.

La devise de cette Espagne héroïque et folle semble être celle même des heroes. Il ne sert à rien de s'épargner soi-même et d'accumuler des richesses périssables, si elles ne doivent pas servir. Mais l'unique devoir d'un cœur catholique est de s'oublier soi-même, et de se donner a pleine poitrine, de répondre a l'appel de Dieu, et de fermer ses oreilles aux misérables calculs de notre égoïsme.

En fait, malgré les apparences contraires, l'Espagne ne s'est pas trompée le jour qu'à retenti pour elle le grand appel. Si elle n'en a pas recueilli le bénéfice temporel, nous vivons encore des bienfaits spirituels que nous en avons reçus. Si la coupole de Saint-Pierre continue de se dresser inébranlable au-dessus des nations, il y a des soldats espagnols qui sont morts pour cette victoire; si la Réforme a été confinée dans les plaines basses de l'Europe du Nord, c'est grâce aux combattants de la Montagne Blanche; si l'Europe Orientale a vu peu à peu refluer l'Islam jusqu'aux rives du Bosphore, c'est grâce aux canons de don Juan d'Autriche; si les deux Amériques complètent aujourd'hui magnifiquement la figure de l'Univers, c'est grâce aux efforts de Christophe Colomb; si les missionnaires catholiques peuvent planter la croix en Chine, au Japon et dans l'Inde, c'est parce que Saint Francois-Xavier a mis le siège devant la vieille Asie."

Paul Claudel, con grandezas de salmo, comprende nuestra razón en el "Himno a los mártires españoles":

"Santa España, en la extremidad de Europa concentración de la Fe, cuadrada y masa dura, y atrincheramiento de la Virgen Madre!



Última rancada de Santiago, que no se detiene sino donde concluye la tierra;

Patria de Domingo y de Juan, de Francisco el conquistador y de Teresa;

Arsenal de Salamanca, Pilar de Zaragoza, raíz abrasadora de Manresa,

Inquebrantable España, que ningún término medio has aceptado jamás;

Empellón contra el hereje, paso a paso rechazado y repellido; Exploradora de un firmamento doble, la oración y la sonda razonando;

Profetisa de aquella otra tierra, allá, bajo el sol, y colonizadora del otro mundo;

En esta hora de tu crucifixión, Santa España en este día, hermana España, que es tu día,

Yo te envío mi admiración y mi amor con los ojos llenos de entusiasmo y de lágrimas.

¡Cuando todos los cobardes te traicionan, una vez más tú transiges!

¡Como en tiempos de Pelayo y el Cid, una vez más blandiste la espada!

Ha llegado el momento, el momento de escoger y de desenvainar el alma.

Los ojos en los ojos, ha llegado el momento de encaramarse con la infame proposición;

Ha llegado, por fin, el momento de que se conozca el color de nuestra sangre.

¡Ah!, muchos se figuran que su pie va solo al cielo por un fácil camino complaciente.

Pero he aquí, de pronto, planteada la opción. ¡He aquí la intimación y el martirio!

Nos ponen el cielo y el infierno en la mano, y tenemos cuarenta segundos para elegir.

¿Cuarenta segundos? ¡Es demasiado! Hermana España, Santa España: tú ya elegiste.

Once obispos, dieciséis mil sacerdotes asesinados y ni una sola apostasia.

¡Ojalá pudiera yo, como tú, a voz en grito, dar mi testimonio en el resplandor del mediodía!

Decían que dormías, hermana España; dormías como quien finge un sueño.

Y he aquí de repente la interrogación, y he aquí de una vez esos dieciséis mil mártires.

¿De dónde me llegan tantos hijos?, exclama la que suponía que era estéril.

Las puertas del cielo ya no bastan a ese tropel atropellador. ¿Habláis de desierto? Pues mirad. ¿Decíais que era el desierto?

Pues ahí tenéis el manantial y la palmera. Dieciséis mil sacerdotes: el contingente de una sola hornada,

¡y el cielo como una sola llamarada colonizado!

¿Por qué tiemblas, alma, y por qué te indignas contra los verdugos?

¡Yo solamente junto las manos y lloro, y digo que así está bien y que es hermoso!"

Más modernamente, en 1945, Henri de Montherlant, reconoce, en "El Maestre de Santiago", la empresa española en ultramar, a pesar del jansenismo portroyalista de la pieza:

"El mismo año en que fué abatido en España el poder de los infieles, Colón descubrió San Salvador, y es también un puñado de españoles el que marcha a la conquista de un imperio, como un puñado había sido también, en sus tiempos, el alma de la reconquista. ¡Sí, el mismo año! El Dios que reina en los cielos no quiso que hubiera un fallo en esta grandiosa continuidad: un eslabón se encadena a otro. Si hubo nunca algo sublime en el mundo fué esto." (Acto I, esc. IV.)

De los italianos, y por no hacer interminable esta relación, citaré a Farinelli, que escribió:

"Hay que aprovechar las prendas naturales, católicas, sobresalientes en España, tal vez más que en otras naciones, y desarrollarlas con perseverancia, fortaleciendo la energía individual y la conciencia, su conciencia católica, trabajando, trabajando siempre con ardimento, con fe y constancia."

Las muestras expuestas son suficientes para conocer lo que el mundo inteligente piensa del catolicismo español y sus empresas. Bien merece esa comprensión generosa, en medio de tanta voz deprecadora, y así lo reconoce un gran escritor francés, Morel Fatio, en "Etudes", que estudió España con amor y nobleza:

"La nación que en teología y en misticismo elevó las almas a prodigiosas alturas..., merece que se la tenga en estima y que se intente estudiarla seriamente, sin necio entusiasmo y sin injustas prevenciones."

Que sepa el mundo, y también los españoles, que el camino elegido por España lo han reconocido muchos ingenios, los más objetivos, como loable y acertado en la marcha diversa de los pueblos y de su historia. Así se confirma aquello que escribió un poeta: "Si el destino del hombre es estar y pasar por la tierra, todo el mundo que hoy manda habrá tenido razón, y España no habrá triunfado. Mas si nuestra finalidad, por el contrario, es trascendente; si llevamos una ráfaga de eternidad en nuestras frentes, en la lucha de la vida habrá ganado España."

SANTIAGO MAGARIÑOS